LA FAMILIA DE LAS COSAS

Elsa Drucaroff

LA FAMILIA DE LAS COSAS

INTERZONA

INTERZONA

Drucaroff, Elsa
La familia de las cosas / Elsa Drucaroff. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2025.
152 p. ; 21 x 13 cm.

ISBN 978-987-790-129-0

1. Cuentos. 2. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A860

© Elsa Drucaroff, 2025

© interZona editora, 2025
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Edición: Fátima Nieves García
Corrección: Mónica Campos
Tapa: Fernando Ozón

ISBN 978-987-790-129-0

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Whoever you are, no matter how lonely,
the world offers itself to your imagination,
calls to you like the wild geese, harsh and exciting –
over and over announcing your place
in the family of things.

Mary Oliver

I

Las cosas del desear

Paraguas

Para Fer

Desde el cine hasta la casa de él había menos de dos kilómetros y siempre les gustaba volver caminando, conversar sobre la película por esas calles céntricas, pobladas de gente en los fines de semana: parejas, grupos de amigos, vagabundos, adolescentes que hacían tiempo para ir a bailar más tarde a lugares de la zona.

Ese domingo todo estaba más desierto y lloviznaba, pero igual caminaron. Ella abrió su bolso y sacó un paraguas azul plegable, dijo que acababa de comprarlo, le había costado caro porque era de excelente calidad. Lo abrió, presionando un botón en el mango. Lo vieron desplegarse con un ruido seco. Se lo ofreció a él, era más baja de estatura y se trataba de un paraguas pequeño: que él lo sostuviera era más efectivo para cubrirse juntos.

Garuaba suavemente, caminaron tranquilos. Tenían mucho para conversar: a los dos les había gustado de verdad la película. En su juventud ella había visto varias donde trabajaba esa famosa actriz que él en cambio no conocía: había sido un sex symbol, pero ahora era anciana y la crítica descubría su talento actoral. Los puntos de vista de los dos eran muy diferentes, los separaban veintisiete años y atravesaban etapas de la vida distintas; sin embargo, se complementaban: cada uno proyectaba otra luz sobre lo que el otro decía.

Llegaron cuando la conversación entraba en el momento del humor cómplice, ciertas palabras compartidas conducían a chistes que habían ido inventando durante todos los años que llevaban juntos. Él sacó sus llaves para ingresar al edificio, ella le tomó el paraguas, lo plegó. Subieron por el ascensor riendo de sus juegos de palabras, sus ficciones absurdas. En el momento de entrar al departamento, ella vaciló y preguntó en voz alta:

–¿Dejo el paraguas mojado afuera, acá en el pasillo? ¿No me lo robarán?

No esperó respuesta.

–En realidad tendría que ponerlo en el baño, bien abierto –dijo– para dejarlo secar; así me recomendaron cuando me lo vendieron: que no lo guarde plegado si tiene humedad.

Entró al departamento de él con el paraguas cerrado y se metió en el baño, corrió la cortina de la ducha, apuntó contra la pared azulejada y oprimió el botón. Otra vez el golpe seco, el paraguas se abrió. Ella lo apoyó en el piso y pasó al monoambiente.

Se habían dejado comida casi lista. Abrieron una botella de vino, pusieron la mesa. En YouTube, él buscó nombres y canciones. Comieron, mezclando los silencios en los que escuchaban con comentarios sobre la música y argumentos que provenían de la película. Brindaron por la comida, después, por el viaje de él: se iba con su familia a México en cuatro días, un viaje para festejar el cumpleaños de su madre, que tenía un año menos que ella. Ese era el último encuentro hasta el regreso.

El departamento era pequeño y tenía pocos muebles: una biblioteca, una mesa de arrime con un plasma en el que veían series, la estrecha mesa con dos sillas hacía de escritorio y de lugar para comer, dos sillones de madera y cuero. En uno había ropa amontonada. En el otro, la valija chica que ella siempre traía cuando se instalaba todo el fin de semana. Así que la cama era el lugar natural luego de terminar el vino, levantar los platos y lavar. Se enredaron en medio del capítulo de la serie que estaban siguiendo,

la televisión anduvo hasta que alguno de los dos desocupó una mano para tantear entre sábanas y piel hasta el control remoto.

Después, él fue hasta su heladera y trajo la botella de agua. Era una botella de vino a la que le había sacado pacientemente la etiqueta. A los dos les gustaba el vidrio verde y grueso dando forma al líquido traslúcido, la elegancia escueta del diseño. Él tomó largamente del pico y le ofreció, ella tomó también largo, dejó la botella al borde de la cama, se recostó en su pecho.

Habían vuelto a hablar de música, ella había buscado en YouTube una banda polaca que hacía klezmer fusionado con jazz. Surgieron sonidos plenos y festivos, él pareció satisfecho.

–Voy al baño –dijo dándole un beso rápido en el pelo.

Ella lo vio caminar elástico, delgado, el sexo se le balanceaba suave entre las piernas.

No supo si era algo que había hecho el trombón o si fue la voz de él: llegó a sus oídos de pronto una exclamación breve y poderosa, tal vez la palabra NO. Lo vio volver del baño como si fuera otro.

–Me dejaste ese paraguas ahí –dijo.

Ella no supo contestarle.

–Me dejaste ese paraguas abierto bajo techo, vos que sos tan supersticiosa. Me lo dejaste abierto a mí, que sabés que tengo que viajar.

Ella empezó a repetir las instrucciones del vendedor para secarlo.

–Se arruina la estructura, me explicó.

Él la miró con ferocidad. Manoteó el tabaco, se puso una remera y un calzoncillo, salió a fumar al balcón. Ella esperó con los ojos en el techo. Los violines y los vientos de la banda klezmer insistían con la alegría, como si no fuera la música de un pueblo que había sido masacrado. Se abrió la puerta corrediza del balcón.

–No aguanto más –dijo él, ingresando al monoambiente. Y apagó el plasma.

El silencio fue un alivio.

–¿Pero qué te pasa? –dijo ella–. ¿Es por el paraguas? ¡Si la supersticiosa soy yo! Vos siempre te burlás, decís que no puede ser que me crea estupideces, que soy irracional, decís que no creés en nada... Además, escuchame: trae mala suerte si te ponés vos debajo de un paraguas abierto bajo techo, no si está abierto bajo techo. ¡El paraguas está en el baño!

Ella rio débilmente para festejar lo absurdo de su lógica. Muchas veces parodiaban sus propias debilidades y reían, pero él no la siguió. Volvió a buscar un cigarrillo. En las peleas fumaba uno tras otro, era también el modo de salir al balcón y no tener que escucharla. Pero ella empezó a arriesgar otros motivos antes de que pudiera abrir la puerta corrediza.

–¿Hice algo?... ¿Es por algo que dije?... ¿Te molestó que hiciera una interpretación feminista de la película?... ¿Te fastidió el klezmer?... ¿Te molestó que no hayamos terminado de ver la serie?... ¿Es porque le puse eneldo a la comida? ¡Pero si yo te pregunté!... ¿Es porque ya no puedo venir acá hasta que vuelvas?...

Él era una lámina del Rorschach y ella hablaba. Disparaba preguntas como en una adivinanza.

–Ahora me levanto y pliego el paraguas, así no te ponés mal, ¿querés?

–No –dijo él furioso–. Ya está. No importa.

–Sí que importa. ¡Mirá cómo estás!

Él apagó la lámpara y se acurrucó bajo la sábana lo más lejos que pudo, dándole la espalda.

–Quiero dormir –dijo.

Pero la cama no era amplia y no lograba alejarse lo suficiente.

Hacía bastantes semanas que no tenían una de las noches horrorosas. Ninguno durmió mucho. Cuando ella lograba entrar en un sueño liviano, él se levantaba a fumar, corría la puerta del balcón con todo el ruido posible y ella veía su silueta tras el vidrio, en la oscuridad húmeda de la noche cerrada. Daba chupadas largas sin placer observando la avenida, negra y brillante; lo hacía rápido

porque en el balcón tenía frío. El cigarrillo se ponía cada vez más puntiagudo, más húmedo. Cuando volvía, ella buscaba sus ojos, pero no los encontraba. De pronto él entraba en el sueño, entonces ella, que estaba despierta, reconocía su típico ronquido de durmiente y lo miraba como si fuera posible leerle la mente detrás de su pelo renegrido y lacio.

Por la avenida pasaban autos cada tanto, gritos de borrachos bajo la garúa los despertaban de a uno, a veces a los dos al mismo tiempo. Ella trataba de acercarse, de rozarlo, pero él se separaba. Ella se levantó varias veces a hacer pis. La primera, vio el paraguas abierto en la ducha y trató de cerrarlo: presionaba el botón, empujaba desde el otro extremo, el bastón tenía dos caños de acero, el de arriba debía descender, entrar en el otro caño hueco, pero no se podía, algo lo obturaba.

En las mañanas de lunes la alarma del celular empezaba a molestar a las siete menos cuarto. Él entraba temprano a trabajar. Solía despertarla un rato antes restregándose contra sus glúteos y muchas veces olvidaban borrar la alarma y sonaba en el peor momento. Pero esta vez él se levantó en silencio y caminó hasta el baño. Ella se quedó acostada, concentrada en ordenar a su cuerpo que venciera el cansancio, se pusiera de pie y se vistiera.

–¿Querés desayunar? –preguntó él sin haber dicho buen día.

Ya había vuelto. Estaba junto a la cocina eléctrica, preparándose un mate. Siempre preguntaba eso los lunes y ella, siempre que era lunes, decía que no: desayunaría en su casa.

Solo desayunaban juntos en los días feriados. En los de trabajo, ella llegaba a su casa y (bajo la mirada atónita de la empleada doméstica) se preparaba su té, su pan con queso y mermelada, su jugo de naranja. En esos lunes en que amanecía con él, volvía a casa cuando su marido recién se había dormido, porque acababa de regresar de la ciudad donde visitaba a su amante, después de haber viajado toda la noche en un micro de larga distancia. Su marido entraba a la casa vacía, dejaba el bolso de mano y se acostaba en

la gran cama; dormía unas horas más antes de encarar el día de trabajo. Ella terminaba el desayuno y abría la puerta de la habitación para observar el bulto del otro cuerpo bajo la frazada. Esa mañana, seguramente, pasaría lo mismo, pero esta vez ella necesitaría acostarse también para dormir y no tendría cómo: la aguardaba una agenda laboral agotadora.

Se vistió con odio y en silencio, fue al baño para plegar el paraguas. Deseaba que la dificultad de la noche se hubiera debido a la torpeza, el sueño, el nerviosismo, pero no fue así: el mecanismo seguía trabado. Lo llamó a él con miedo, con vergüenza. No tenía otro remedio: no hay modo de disimular un paraguas que no puede cerrarse.

Acordaron que él bajara primero por el ascensor, no cabían los dos con el paraguas abierto que ella llevaba apoyado contra el ombligo, perpendicular al cuerpo para que no los cubriera. Los dos hubieran querido no tener que salir juntos del edificio, pero era imposible: la puerta de calle no se abría sin llave. De modo que él la esperó abajo con su mueca hosca y el cigarrillo preparado. El ascensor se abrió y ella apareció, con una mano arrastraba su pequeña valija con rueditas, con la otra sostenía el paraguas, que crecía contra su ombligo como un pene raquítico, un pene fuera de lugar, rematado en la corola azul, convexa.

Cuando salieron a la calle ya no llovía. Se había levantado un viento firme que despejaba las nubes.

–Chau –dijo él parado frente a ella, paraguas de por medio. Empezó a darse vuelta.

–¡No te vayas! –imploró ella desde el otro lado–. ¡No me dejes así con esto! ¡Ayudame a tirarlo!

Él entrecerró los ojos como si quisiera enfocarla mejor, entrar al fondo de su alma. Ella recibía su mirada fija, se le cayeron lágrimas.

Él observó a su alrededor con impotencia: era imposible sumergir el paraguas abierto en un tacho de basura y ocupaba mucho espacio en la vereda como para dejarlo abandonado. Los dos pensaron lo

mismo: anticiparon los retos y las quejas de los transeúntes que se amontonaban en la avenida, caminando al trabajo; se tropezarían con el armatoste, protestarían, los obligarían a levantarlo.

–Tirémoslo desde el balcón –dijo él–. Subimos ahora, lo hacemos y bajamos. Nadie va a saber que fuimos nosotros.

Volvieron a entrar al edificio, tomaron el ascensor en dos turnos, el paraguas siempre perpendicular contra el ombligo de ella. Arriba, él empujó la puerta corrediza para hacerla pasar y salió al balcón detrás. No hablaban. De pronto se empezaron a reír. Pero ella se puso seria, vacilaba:

–Yo no quiero lastimar a nadie...

Lo miró desolada, se secó la mejilla con la palma. Él arrugó otra vez los ojos y movió la cabeza.

–¡Dale! –le dijo y señaló con su barbilla la baranda.

Se asomaron y ella soltó el paraguas. Agarrados del barandal de hierro lo vieron descender hasta que una ráfaga lo levantó de pronto. El paraguas se dio vuelta en el aire como una bailarina y empezó a elevarse. Era una Mary Poppins fantasma, solitaria. Se perdía entre las nubes.

Ensaladeras

Él come enormes porciones de ensalada. No hay combinación de vegetales crudos que le disguste y quiere que las verduras estén cortadas en trozos bien pequeños porque dice que así se maceran los sabores. Durante años tanta fibra le hinchó la panza y tuvo gases por eso, ella lo escuchaba pedorrear después de comer. Al principio se reía, después empezó a molestarle. No lo puedo controlar, se disculpaba él y ella respondía, ácida: si estás con una amante, seguro lo controlás. No hablaba por celos sino por experiencia propia: había constatado que cuando estaba con un amante, ahogaba la tentación de extraerse restos de comida entre los dientes o de morder los pellejos de sus dedos.

Tenían un pacto de libertad y discreción: no se contaban las historias de afuera, pero como sabían que podían estar ocurriendo, les divertía dedicarse frases alusivas, más o menos irónicas, que no buscaban indagar ni pretendían respuestas, más bien elaboraban el fantasma de la terceridad que los acompañaba picante, adrenalínico, durante su enraizamiento conyugal.

Comían ensalada casi todos los días. Durante años él se sirvió más de la mitad del contenido de una gran fuente de vidrio redonda, profunda, transparente. A ella no le molestó porque, aunque le gustaba, no deseaba comer tanto. Pero después la mesa se agrandó: ahora había un hijo y como la ensaladera ya tenía el tamaño adecuado, siguió siendo la misma. También siguieron siendo iguales las porciones que él se servía, sin embargo. Agarraba la fuente con

ambas manos, casi con violencia, la acercaba a su plato y tomaba el juego de tenedor y cuchara de caña, dos adminículos desmedidos pero bellos que tanto habían celebrado cuando los compraron años atrás, un domingo de sol feliz en una feria artesanal. Ahora ella los veía como un arma de saqueo: con ese tenedor inmenso, con ese cucharón apenas cóncavo, él atrapaba porciones pantagruélicas que dejaban la fuente semivacía. Se hace otra, argumentaba con la boca llena cuando su mujer y su hijo le reprochaban y ella observaba fascinada cómo le giraba, al hablar, la pasta de lechuga deshecha entre los dientes, adivinaba los aerosoles microscópicos de saliva verdosa rociando la mesa servida, escuchaba el sonido húmedo de la boca del hombre, su concierto de masticaciones, degluciones violentas que terminaban en un largo *ahhh*, un aliento exhalado a boca abierta para subrayar la saciedad, y seguía con hipos y pequeños eructos donde el exceso, esa voracidad sensual que la había enamorado, retornaba como una pesadilla. Mirate comer vos, le contestaba su hijo si él le reprochaba que ponía los codos en la mesa. Y ella, que tenía inventiva didáctica, se proponía grabarlo para que más que mirarse, se escuchara; pero nunca lo hacía.

Los ruidos caninos de comer con él fueron creciendo en el cerebro de ella, avanzaron hasta ocupar el primer plano y ensordecer cualquier conversación, por agradable, interesante que fuera. Con una amante no comés así, le decía cuando su hijo almorzaba en la escuela y él enseñaba el tomate triturado al abrir la boca para decir qué rico, ah qué rico, *ahhh*, y luego levantaba el plato para sorber del borde (como quien toca una armónica) el jugo fresco de las verduras, el aceite y el limón.

Cuando el hijo se fue a vivir solo, lo que restaba en la ensaladera saqueada volvió a ser razonable para ella, pero aparecieron problemas nuevos, como el de la radicheta. Ni a ella ni a su hijo les gustaba y por eso, antes, la radicheta se colocaba aparte, en una cazuela pequeña, para que solo él la incorporara en su plato.

Cuando se quedaron solos en la casa él empezó a agregar radicheta a la ensaladera cada vez con más frecuencia y una vez, incluso, la llenó exclusivamente con radicheta y ajo. Ella empezó a decir yo preparo la ensalada y, como era metódica, lo hizo armando capas. Por ejemplo: debajo la zanahoria rallada; arriba el tomate; sobre el tomate, el berro; cubriendo todo, las rodajas de huevo duro y, para decorar y saborizar, un poco de perejil o eneldo triturados, adornando cada círculo de yema. Él no detenía sus ojos en la obra colorida. Sin comentario alguno, se apropiaba de la ensaladera con las dos manos, como siempre, y se servía todo el huevo duro con perejil o eneldo, todo el berro, buena parte del tomate. Y le dejaba a ella el resto. Tenés que mezclar antes de servirte, decía ella, si no, te llevás toda las capas de arriba. Es lo mismo si hundo los cubiertos de caña bien al fondo, me llevo todo junto. Pero no hiciste eso, mirá, te llevaste todo el huevo duro. No es verdad. Sí es verdad, dame huevo duro que en mi plato tengo solamente este pedacito de clara; además el huevo tenía eneldo, ni te diste cuenta. Me voy a dar cuenta cuando lo mastique. Tragás, no masticás. Mirá, llevate lo que quieras, acá tenés mi plato, sacame lo que te parezca y no me jodas más. Bueno, pero la próxima vez mezclá. Hundir los cubiertos hasta el fondo es lo mismo. No es lo mismo porque yo calculo las proporciones de cada ingrediente, ¿por qué no respetás mi trabajo? Tu trabajo, claro, porque estuviste cargando bolsas en el puerto. Ya nadie carga bolsas en el puerto, está todo robotizado. Ya sé, es una metáfora. Es una metonimia. Y una ensalada es trabajo, es machista que digas que no es trabajo. Es un trabajo que si querés lo hago yo. Hacelo, pero no uses radicheta. Es lo mismo si meto los cubiertos de ensalada hasta el fondo y saco todas las capas juntas. No; la capa de zanahoria, por ejemplo, con esos cubiertos cóncavos al final, te queda menos: vos atrapás mucho menos zanahoria de la que atraparías si estuviera mezclada con todo, mirá la forma de los cubiertos. Cualquiera que no sea idiota y haya estudiado algo de física sabe que eso se resuelve fácil. No me digas idiota. Es

una cuestión de física: abro más los cubiertos cuando llego abajo y abarco más superficie. Cuánta física sabés vos, te dedicás a otra cosa, y además la mezcla de gustos en la ensaladera es fundamental para la calidad de una ensalada. ¿Y eso de dónde lo sacás? Se sabe, lo sabe cualquiera. En los restaurantes muchas veces te sirven los ingredientes separados. Separados te los dan en esos restaurantes chetos que vos detestás, en los bodegones donde saben hacer ensalada te dan todo mezclado. Vos decís que en los bodegones hay cucarachas. Revolvé antes de servir, por favor, ¿vas a revolver la próxima vez? Mirá, si lo que vos querés es que se mezclen los gustos, los mezclás en tu plato. Revolvé antes de servir, te lo estoy pidiendo, ¿te cuesta tanto? ¿Ahora te vas a poner a llorar?

Hasta que una vez, hace pocos años, la discusión terminó: ella estrelló contra el piso la enorme ensaladera de vidrio y sintió que los ojos se detenían en un pedazo con la punta aguzada, que brillaba como un cuchillo en el parqué. Desde entonces él descubrió que puede revolver con paciencia la ensalada, servirse cantidades más pequeñas y repetir la porción varias veces incluso, porque siempre sobra verdura en la ensaladera nueva, de madera irrompible, que fueron a comprar juntos en silencio, tomados de la mano, después de barrer el piso y vigilar con cuidado, cada uno con sus anteojos bifocales, para proteger al otro de alguna astilla perdida.

De esos anteojos él pronto se librará, porque sus cataratas están listas para la cirugía. Ahora se instalan lentes bifocales en la córnea, de modo que verá sin inconvenientes los pedazos de las cosas que ella pueda romper en el futuro que queda, las verá tanto de cerca como de lejos. La medicina progresa y él también: no solo revuelve la ensalada antes de servirse, ya no sorbe el jugo de los platos y cierra la boca mientras mastica; ella admite a regañadientes que el concierto ha disminuido en volumen pero igual lo escucha, nítido. Para la edad que tiene, su oído es envidiable. O tal vez cualquier oído mejore con la edad, enriquecido por la memoria rencorosa de tanto que ha escuchado.

Él come enormes porciones de ensalada, pero por algún motivo (esos cambios de metabolismo que ocurren en los cuerpos humanos, a través de las décadas) ya no tiene gases. La que pedorrea ahora es ella. Pero ya no tiene amantes.

Él, probablemente, sí. La edad, para los hombres, nunca ha sido un obstáculo.